

CULTURA &OCIO



ESCLAVOS EN ARAGÓN

Cuando un hombre costaba 105 ovejas o tres caballos

Manuel Gómez de Valenzuela, en Zaragoza, donde se ha instalado tras una carrera diplomática de más de cuatro décadas. JOSÉ MIGUEL MARCO

El zaragozano Manuel Gómez de Valenzuela recoge en un libro 240 documentos fechados entre los siglos XV al XVII sobre casos de compraventa de personas de todas las edades

ZARAGOZA. «En Zaragoza, y en todo el Reino de Aragón, hubo esclavos, aunque menos que en el resto de España». Manuel Gómez de Valenzuela (Zaragoza, 1944) ha buceado por los archivos y ha documentado, al menos, 240 casos entre los siglos XV y XVII. Son 240 personas que vivieron privadas de libertad, que se dedicaban, en su mayoría, al servicio doméstico, y que eran consideradas «auténticos artículos de lujo».

Este libro, publicado por la Institución Fernando el Católico, aborda un fenómeno que en Aragón no había sido objeto de un estudio general. Gómez de Valenzuela decidió investigar en profundidad este tema tras encontrar un documento que recogía la venta de una esclava. Aquel papel despertó su curiosidad por conocer los aspectos concretos sobre el tráfico de esclavos, que, según afirma, «no constituyó un elemento fundamental en la economía aragonesa de la época». Prueba de ello es que no se reguló su estatus mediante normas legales como fueros u ordenaciones. «Aquí no existió una bolsa de esclavos, como sí ocurrió en Barcelona o Valencia», continúa, pero hubo «numerosas transacciones individuales de una persona a otra».

El autor de la publicación visitó el Archivo Histórico de Protocolos de Zaragoza, los municipales de Jaca y Zaragoza, el provincial de Huesca, el Diocesano de Jaca y el de Casa Lucas de Panticosa. Una

ardua tarea para localizar aquellos escritos relacionados con la compraventa de esclavos, los intentos de fuga o su liberación. «No se trata -menciona- de una recopilación exhaustiva, sino de un muestreo de 243 documentos».

La mayoría de estas personas procedía de países islámicos. «La primera sorpresa con la que me topé es que, lejos de lo que se piensa, muchos de los esclavos, hasta finales del siglo XV, venían de la costa del Mar Negro, de Bulgaria, Crimea o Rumanía», y eran enviados por los mercaderes genoveses vía Valencia o Barcelona. Se encuentran también habitantes del norte de África, que llegaban en las caravanas del Sáhara o a través de negociantes portugueses.

«Objetos, no sujetos»

Manuel Gómez de Valenzuela, licenciado en Derecho y en Filosofía y Letras, ejerció la carrera diplomática desde 1968 a 2012. Hasta su jubilación, fue embajador de España en Emiratos Árabes, Mauritania, Siria, Kuwait, Alemania o Egipto, entre otros destinos. Ahora pasa su tiempo libre en los archivos, buscando documentos relacionados con la historia aragonesa. El fenómeno de la esclavitud le fue aportando nuevos e interesantes datos: «Carecían por completo de derechos. Estaban reducidos al rango de objetos de derechos, no de sujetos» y, por lo tanto, «sometidos a la voluntad del amo».

ATUENDO EN EL SIGLO XVI



Cadenas como castigo. El Museo del Traje conserva grabados de un libro de Christoph Weiditz que muestran escenas cotidianas en tierras ibéricas en el siglo XVI. En la fotografía aparece un esclavo en Castilla en aquella época, con un sayuelo y un pantalón roto. Va descalzo y con argollas en los tobillos, una de ellas unida al cinturón, por intentar huir.

PUBLICACIÓN



Investigación. La Institución Fernando el Católico ha editado el trabajo del zaragozano Manuel Gómez de Valenzuela, un volumen incluido dentro de su colección de Fuentes Históricas Aragonesas.

Se concentraban, sobre todo, en las ciudades, al servicio de nobles y artesanos acaudalados. «Muchos se dedicaban a las tareas domésticas», aunque también había quien ayudaba a algún gremio. «Eran carísimos. Un esclavo valía, aproximadamente, lo mismo que tres caballos o 105 ovejas en el siglo XV». Sus dueños se encargaban de su manutención y atuendo y «tenían ese estatus de por vida, a no ser que el propietario decidiera lo contrario» porque «se hubieran convertido al cristianismo o en agradecimiento de los servicios prestados».

«Algunas familias llegaron a tener hasta 12» y «lo más terrible es que también había niños». «El esclavo era una cosa, no una persona, y es aterrador comprobar que compraban bebés de incluso cuatro meses». «Generalmente vivían como criados, aunque a veces figura que tenían cadenas o los marcaban al fuego», apunta. De hecho, el libro recoge una referencia a este maltrato, con una venta fechada en diciembre de 1541.

Intentos de fuga

«Las fugas eran muy frecuentes, a juzgar por las cláusulas de evicción de los contratos y de los pregones conservados». En este sentido, el autor del libro pone de manifiesto que su destino preferido era Francia, «donde podían considerarse libres», a través de los valles de Tena y Canfranc. Desde allí regresaban a Argelia o Marruecos. Era también la ruta elegida por los fugitivos de Valencia o Cataluña, «que encontraban complicidades entre los mudéjares del Maestrazgo y otras zonas aragonesas». Entre los casos que incluye esta publicación está el de una esclava que se escapó acompañada de un escudero que formaba parte de la casa de un notario.

«Cuando se fugaba un esclavo y su amo lo denunciaba, se mandaba pregonar por toda la ciudad ofreciendo una elevada recompensa a quien lo devolviera o diera datos para su captura». El anuncio incluía los rasgos físicos más destacados del fugitivo.

E. PÉREZ BERIAIN